

Riqueza y distribución

Por Jaime Guzmán

Al asumir el jueves pasado como presidente de la Confederación de la Producción y del Comercio, el empresario Manuel Feliú señaló acertadamente que el "objetivo fundamental debe ser erradicar la pobreza, pero para hacerlo hay que crear riqueza y luego distribuirla".

Durante siglos, el crecimiento de la riqueza en el mundo fue muy lento y escaso. Los hombres se acostumbraron a mirar la riqueza de las naciones como algo fijo e inmodificable. Frente a ello, sólo cabía escoger entre resignarse a que los ricos -unos pocos- siempre serían ricos y que los pobres -abrumadoramente mayoritarios- siempre serían pobres, o bien luchar por revoluciones igualitaristas.

En esta última opción surgieron diversas formulaciones socialistas, que culminaron en el marxismo.

Sin embargo, entre tanto habían emergido las formas modernas de producción capitalista, demostrando que la riqueza de las naciones puede crecer en magnitudes extraordinarias, jamás antes soñadas. Recién entonces fue imaginable romper la disyuntiva entre el conformismo tradicional y el igualitarismo socialista, y luchar por un desarrollo económico-social capaz de eliminar la pobreza, sin falsas utopías igualitarias.

La evolución del capitalismo clásico hacia expresiones contemporáneas de economía social de mercado, comprueba que la clave de su éxito práctico y de sus fundamentos morales reside en la conjunción -entre otros- de los siguientes factores:

Primero, el estímulo a la



iniciativa creadora de las personas dotadas de vocación empresarial, es decir, de aptitud para crear nuevas y mayores riquezas, incluyéndose un marco estable para su desenvolvimiento.

Segundo, una acción estatal que garantice mercados abiertos y competitivos, en que los empresarios asuman el resultado de su gestión, traducido en sus utilidades o sus pérdidas.

Tercero, la conciencia de que el crecimiento de la "torta" de un país, necesaria y automáticamente favorece al conjunto de sus habitantes, por los mayores bienes, servicios y empleos que ello genera.

Y cuarto, el efecto adicional que reporta la tarea del Estado de redistribuir la riqueza, básicamente a través de los impuestos que pagan en mayor proporción quienes más tienen, a fin de canalizarlos en subsidios o beneficios sociales hacia los más pobres.

En cuanto subsistan niveles de pobreza juzgados incompatibles con la dignidad humana, tal acción redistribuidora encierra un imperativo ético, con el obvio límite de no destruir "la gallina de los huevos de oro", esto es, no desalentar nuevas inversiones que sigan incrementando la riqueza nacional.

Ante la esterilidad del odio y la lucha de clases que fomenta el marxismo, los conceptos anteriores indican el único camino realista para derrotar la pobreza dentro de una sociedad libre, fundada en la cooperación y armonía integradoras de sus miembros. Y donde en vez de procurar que no haya ricos, se combate para que no existan pobres.